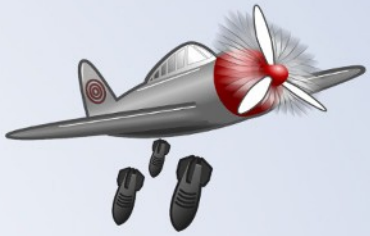
La Comédiathèque



Había una vez un barco chiquitito

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Había una vez un barco chiquitito

Jean-Pierre Martinez

Seis personajes misteriosos se quedan atrapados en una isla por una huelga de ferris. Todos tienen buenas razones para querer regresar al continente cuanto antes. Se embarcan en un pesquero al mando de un capitán improvisado. Pero el precio de la travesía resultará mucho más alto de lo previsto...
Una fábula de humor negro sobre las contradicciones de nuestra sociedad.

Personajes

Max

Diane

Yvonne

Charles

Sergio

Amanda

Marie

7 intérpretes
Los papeles de Maximiliano (o Maximiliana) y de Sergio (o Sergia)
pueden ser interpretados tanto por hombres como por mujeres, con los ajustes necesarios en el texto.
Repartos posibles: 3 hombres y 4 mujeres, 2 hombres y 5 mujeres, o 1 hombre y 6 mujeres.

© La Comédiathèque

Cuadro 1

Cubierta de un barco de pesca. Al fondo, el timón. En algún lugar, un salvavidas con el nombre del barco: El Emprendedor. Delante, dos tumbonas. Max, con una gorra de capitán, despliega una carta náutica. Primero la mira del revés, después la coloca en posición correcta y observa a su alrededor, intentando orientarse. Llega Diane, con aspecto de ejecutiva, arrastrando una maleta de lujo con ruedas. Tras una ligera vacilación, se dirige a Max.

Diane – ¿Ha consultado la previsión marítima esta mañana?

Max pliega precipitadamente el mapa.

Max – Sí, y anuncian niebla.

Diane – ¡Menuda contraseña más absurda...!

Max – Las contraseñas siempre son un poco estúpidas.

Diane – La cuestión es... ¿para qué una contraseña?

Max – Tal y como están las cosas... Hay quien mataría a su padre y a su madre con tal de salir de esta isla cuanto antes. ¿Está segura de que nadie la ha seguido?

Diane – No lo creo...

Max – Bueno... Le pediría que hablase más bajo. En la cubierta de un barco, las voces se oyen desde muy lejos. Y puede que alguien nos esté vigilando...

Diane – ¿No cree que está exagerando un poco?

Max – Es mi deber velar por la seguridad de los pasajeros. Ya conoce el dicho: después de Dios, el capitán es el único que manda a bordo. Y como no creo demasiado en Dios...

Diane mira a su alrededor.

Diane – ¿Así que usted es el... capitán de este barco?

Max – Así es. Pero, por favor, llámeme Maximiliano.

Diane – ¿Maximiliano? Qué curioso, ese nombre me suena de algo...

Max – O Max, para los amigos.

Diane *(con frialdad)* – Diane de la Rochelière.

Max – Diane, muy bien.

Diane – Hablaba de un yate... No me esperaba esto.

Max – Por desgracia, mi yate está en dique seco, pasando una revisión. Un amigo me ha prestado este. Pero le aseguro que...

Diane – Se parece mucho a un barco de pesca, ¿no?

Max – Mi amigo es pescador, en efecto. Aunque solo se dedica a la pesca de altura, por supuesto. Atunes, peces espada...

Diane – ¿Atún? Por el olor, yo diría que es más bien pesca de bacalao...

Max – Será el olor del puerto... Ya verá como, en cuanto salgamos a mar abierto, solo se respira aire puro.

Diane – ¿Y está seguro de que este cascarón sirve para alta mar?

Max – Solo estamos a unos treinta kilómetros del continente... No se puede hablar realmente de alta mar.

Diane – En fin, a grandes males, grandes remedios. ¿Cuánto dura la travesía?

Max – Una horita, diría yo. No más.

Diane – Vale...

Max – Dos horas como mucho, si el viento sopla en contra.

Diane – ¿El viento en contra? No me diga que es un velero... Bastante me está cobrando ya por el combustible.

Max – No se preocupe, es un barco a motor.

Diane – ¿Puedo ver mi camarote?

Max – ¿Su camarote?

Diane – Ah, ya veo...

Max – Hay dos literas abajo, pero no espere grandes comodidades.

Diane – Al menos habrá un aseo, ¿no?

Max – Sí, eso sí.

Diane – Bueno...

Max – Le he dicho que solo es una travesía de una o dos horas. No vamos a pasar la noche a bordo. *(En voz baja)* Eso espero...

Diane – ¿Perdón?

Max – No, decía que... mientras esperamos, puede sentarse a tomar el aire en cubierta.

Diane – No sé si podré relajarme tan fácilmente. Supongo que tampoco sirven cócteles.

Max – Lo siento, hoy el camarero tiene el día libre. Pero siéntese en esa tumbona.

Diane – Gracias, prefiero seguir de pie. ¿Cuándo nos hacemos a la vela?

Max – Es un barco a motor.

Diane – Ya lo sé. Lo de «hacernos a la vela» era una forma de hablar.

Max – Pues... zarparemos en cuanto llegue todo el mundo.

Diane – ¿Todo el mundo? ¿Cómo que todo el mundo?

Max – Los demás.

Diane – ¿Hay más pasajeros?

Max – Con la huelga inesperada de la compañía de ferris, hay mucha gente atrapada en la isla. Todos buscan desesperadamente cómo volver al continente. A cualquier precio...

Diane – Así que ha montado un servicio de transporte clandestino...

Max – Solo intento ayudar.

Diane – A cambio de dinero...

Max – Nadie la ha obligado a aceptar... A propósito, si no le importa, preferiría cobrar por adelantado. Y en efectivo...

Diane rebusca en el bolso y le entrega unos billetes.

Diane – Aquí tiene su dinero... *(Con ironía)* Capitán...

Max – Gracias.

Diane – Esto parece una mala versión de una película del cine negro estadounidense.

Max – ¿En serio?

Diane – Como Tener y no tener, por ejemplo. Solo que usted no se parece en nada a Humphrey Bogart.

Max – Y usted tampoco a Lauren Bacall... Voy a poner el motor en marcha. Si necesita algo, solo tiene que silbar. ¿Sabe silbar, Diane?

Se va sin esperar la respuesta. El teléfono móvil de Diane suena y ella responde.

Diane – Sí, señor director, acabamos de firmar el contrato. Precisamente iba a llamarle. Sí, pero estoy teniendo problemas para regresar al continente. Los trabajadores de la compañía de ferris están en huelga. ¿Qué quiere que le diga? Ahora ni siquiera los paraísos fiscales se libran de las huelgas. No, no se preocupe: mañana estaré en la reunión del consejo de administración. Con el contrato firmado, sí, se lo prometo... Sé que su reelección depende de ello... Y los accionistas esperan resultados... No le fallaré, señor director...

Llega Amanda, con aspecto de aspirante a estrella o de prostituta de lujo, vestida de forma provocativa pero más bien vulgar. También arrastra una maleta, mucho más usada, cubierta de pegatinas de distintos países. Diane, absorta en la llamada, no advierte su presencia.

Diane – Sí, también traigo todo el dinero de la cuenta secreta que me pidió cerrar. En efectivo, tal y como acordamos... En el doble fondo de mi maleta, exactamente... Así que, en cierto modo, es verdad que nos convendría evitar la aduana... He conseguido una plaza en una especie de pesquero. Es bastante pintoresco... Ya se lo contaré. Buenos días, señor director.

Guarda su teléfono móvil.

Amanda – Hola. ¿Has mirado el tiempo esta mañana?

Diane repara por fin en la presencia de Amanda.

Diane *(aún distraída)* – No, ¿por qué?

Amanda – Lo siento, pensé que...

Diane – Ah, sí, claro... Perdón... Creo que anuncian tormenta.

Amanda – Yo tenía entendido que iba a haber niebla...

Diane – Bueno, niebla, tormenta... ¡Qué más da!

Amanda – ¿Es usted la jefa?

Diane – ¿La jefa?

Amanda – He reservado una plaza en este pesquero. ¿Dónde está el chulo?

Diane – ¿El chulo?

Amanda – ¡El capitán!

Diane – Ah, sí... Creo que está poniendo el motor en marcha.

Amanda – Pues lo esperaré aquí. *(Le tiende la mano)* Soy Amanda. ¿Y usted?

Diane *(sin tomarle la mano que le tiende)* – Diane de la Rochelière.

Amanda – Menos mal que hemos encontrado este taxi marítimo. Si no, nos quedábamos tiradas aquí como focas en un témpano de hielo. Una huelga sorpresa, sin avisar siquiera. ¡No debería estar permitido!

Diane – Si hubieran avisado, ya no habría sido una huelga sorpresa...

Amanda – ¡Qué lista es usted! ¿Así que también tiene mucha prisa por marcharse?

Diane – ¿Cómo dice?

Amanda – Digo que usted también parece tener mucha prisa por salir de aquí.

Diane – Sí, se puede decir eso...

Amanda – ¿Tiene una cita urgente? ¿O algo que ocultar...? A mí también me vendría bien esquivar la aduana...

Diane – No se sienta obligada a darme conversación.

Amanda – Si vamos a pasar tres o cuatro horas juntas, habrá que entretenerse de alguna manera, ¿no?

Diane – ¿Tres o cuatro horas? ¡El capitán me dijo que tardaríamos una!

Amanda – A mí me habló de medio día, creo recordar.

Diane – Pues más vale que salgamos ya, si queremos llegar antes de que anochezca. No sé qué espera.

Amanda – Supongo que a los otros pasajeros.

Diane – ¿Sabe cuántos somos exactamente?

Amanda – Unas diez personas, supongo.

Diane – ¡Pero esto no es posible! ¡No vamos a caber diez en este barco!

Amanda – Se nota que nunca ha cogido el metro en hora punta.

Diane – Pues va a sorprenderle, pero no. Jamás he cogido el metro.

Amanda – ¿Trabaja lejos de la ciudad?

Diane – No. Pero siempre me desplazo en coche con chófer.

Amanda – Entiendo... ¿Y a qué se dedica?

Diane – Trabajo en el sector financiero. No voy a preguntarle en qué trabaja usted...

Amanda – ¡Pues puede hacerlo! Yo no tengo nada que ocultar...

Diane – ¿Quiere decir que en su profesión no tiene nada que ocultar?

Max vuelve y ve a Amanda.

Max – ¡Ah! Usted debe de ser Amanda.

Amanda – Sí... ¿Cómo me ha reconocido?

Max – No sé... Intuición masculina, supongo. Digamos que... tiene un nombre que le va como anillo al dedo.

Amanda – Gracias... ¿Y usted cómo se llama, guapo?

Max – Max.

Amanda – Ah, sí... También le pega.

Max – ¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Amanda – No sé... Parece que hace todo al máximo, capitán.

Diane – Bueno... Ahora que ya nos hemos presentado, ¿podríamos levar anclas?

Max – Supongo que es una forma de hablar, pero en un puerto nunca se echa el ancla. Lo que se hace es amarrar el barco a...

Amanda – Al primer poste bien tieso que encuentre en el muelle.

Max – Eso es... Así que, en un puerto, no se leva el ancla: se largan amarras.

Diane – Para que quede claro, capitán: no he venido a sacarme el título de patrón de barco. Si hubiese podido, habría cogido un avión. ¿Cuándo despegamos?

Max – En cuanto llegue el último pasajero, se lo prometo...

Diane – ¿Y cuándo llegará? No tengo todo el día. Mañana me esperan en París.

Max – Ah, justo llegan ahora.

Llegan Yvonne, una dama muy distinguida, y Charles, un galán maduro con cierto aire de gigoló, que carga con las dos maletas.

Yvonne – ¿Este es El Emprendedor?

Max – No es exactamente la contraseña, pero creo que vamos a olvidar ese detalle...

Yvonne – He hecho una reserva hace un rato. A nombre de Casanova.

Max – Casanova... ¿Un nombre en clave, supongo? Bastante sugerente, desde luego.

Yvonne – No es ningún nombre en clave. ¿Por qué lo dice?

Max – Señor y señora Casanova. Perfecto.

Amanda – No se puede decir que hagan honor a semejante apellido...

Yvonne – Es el apellido del señor, no el mío.

Charles – No estamos casados. Todavía...

Amanda *(a Yvonne)* – Entiendo por qué se lo piensa antes de convertirse en la señora Casanova...

Max – En cualquier caso, ¡bienvenidos a bordo!

Yvonne – ¿Hay que facturar las maletas?

Diane – Tenga cuidado, que este sería capaz de cobrarle un suplemento por exceso de equipaje.

Max – Esto no es una compañía aérea de bajo coste... Las consideraremos equipaje de mano.

Yvonne – Charles, pon las maletas aquí.

Charles – Enseguida, mi amor.

Coloca las maletas en una esquina.

Max – Eh... Creo que el señor no figuraba en la lista de pasajeros. Al menos, todavía no he cobrado su pasaje.

Yvonne – Pues cuéntelo también como equipaje de mano...

Max – No sé si...

Charles – Pero, cariño, yo no soy una maleta.

Yvonne – Eso es verdad... Aunque a veces seas tan pesado como una. Bromeaba, capitán. Pagaré por los dos. Como siempre...

Diane – Ahora que estamos todos, podemos salir. Ya nos presentaremos más tarde.

Max – Todavía me falta un pasajero, pero peor para él si no viene. Fue mi primer cliente. De hecho, alquilé este barco por él.

Diane – Pues que hubiera llegado a su hora. Y si pudiéramos salir a toda velocidad...

Max – Ya sé que es una forma de hablar, pero... *(Le suena el móvil)* ¿Diga?... Sí, precisamente estábamos a punto de salir... ¿En cinco minutos? Bien... ¿Recuerda la contraseña? Eso es... y creo que también anuncian lluvia... Está bien, lo esperamos, pero dese prisa...

Guarda su teléfono.

Diane – ¿Qué pasa ahora?

Max – Será el último, se lo prometo. Está a punto de llegar. No podemos marcharnos sin él: ha pagado por adelantado...

Llega Marie, una joven discreta que lleva un crucifijo al cuello y está visiblemente embarazada. Viene sin aliento.

Marie – ¿Este barco va al continente?

Max – Sí... Pero en principio, estamos completos...

Marie – Estoy embarazada, como puede ver.

Diane – ¡Razón de más para no embarcar! ¿Se imagina que se pone de parto durante la travesía?

Marie – Pensaba coger el ferri hoy. Me esperan en una clínica, al otro lado. Aquí no hay una maternidad en condiciones, ¿comprende?

Yvonne – Los paraísos fiscales rara vez son conocidos por la calidad de sus servicios públicos.

Max – Es decir... tengo instrucciones de seguridad.

Marie – ¡Por el amor de Dios! Se lo ruego...

Charles – Tal vez podamos hacer una pequeña excepción, dadas las circunstancias...

Marie – Tengo dinero. Le pagaré.

Max – En ese caso... no vamos a dejar que esta pobre mujer dé a luz en el puerto.

Marie – ¡Gracias! Dios se lo pague... ¿Cómo se llama, capitán?

Max – Maximiliano.

Marie – Si nos lleva sanos y salvos, le prometo llamar al niño Maximiliano, si es niño, o Maximiliana, si es niña.

Max – Me halaga mucho. Pero tampoco olvide pagar el pasaje.

Marie – Por supuesto. ¿Cuánto es?

Max – Quinientos euros por persona.

Marie – ¿Por persona?

Amanda – ¡No le irá a cobrar también al bebé que lleva dentro!

Max – No, tranquila. El bebé viaja gratis. Usted solo tiene que pagar quinientos euros.

Marie – ¡Caramba! Es mucho dinero, ¿no?

Max – Es por el combustible.

Charles – No pensaba que el combustible fuera tan caro en los paraísos fiscales.

Aparece Sergio, un hombre apuesto y de aspecto sombrío, con aire de mafioso.

Sergio – Buenos días, capitán. Soy Sergio, el que acaba de llamarle.

Max – Sergio, eso es... ¿Solo lleva ese maletín?

Sergio – Acostumbro a viajar ligero. Pero no sabía que habría más pasajeros... *(Saluda a los presentes)* Señoras y señores...

Max – Con la huelga, pensé que sería una lástima no aprovechar para llevar también a otros viajeros...

Charles – Hola, señor. Pero ya nos hemos visto antes, ¿verdad?

Yvonne – Cállate, idiota.

Charles se retira y se pone en segundo plano.

Charles – Debo de confundirlo con otra persona...

Sergio – A menudo me confunden con otros. Es el drama de mi vida...

Max – Siéntense, por favor... Siento no tener tumbonas para todos.

Sergio *(señalando a Marie)* – Propongo reservar una para esta señora, dado su estado...

Diane – Muy bien. Los demás nos turnaremos.

Sergio – Si lo desea, le cederé encantado mi sitio, señora.

Diane – Gracias... Por lo menos hay un caballero a bordo.

Max – Abajo también hay dos literas... pero les advierto que huele un poco a pescado.

Sergio – Ya que estamos todos aquí, podemos irnos.

Max – Muy bien. Si me disculpan, vuelvo a mi puesto de mando.

Marie *(haciendo la señal de la cruz)* – ¡Que Dios nos proteja!

Max se sitúa tras el timón y vacila, como si no supiera muy bien qué hacer.

Max – ¡Adelante, a toda máquina!

Sergio – Pero con discreción, si es posible. Les recuerdo que, para abandonar esta acogedora isla y regresar al continente, normalmente tendríamos que pasar por la aduana...

Charles – Acogedora para las grandes fortunas, al menos...

Yvonne – Ya va siendo hora de hablar de «matrimonio» en lugar de «patrimonio» cuando la fortuna la pone una mujer...

Diane – Solo faltaría que nos detuvieran los guardacostas al llegar a Francia. Yo, personalmente, no tengo nada que ocultar, pero en fin...

Yvonne – Claro... Aquí, nadie tiene nada que esconder, ¿verdad?

Max – No se preocupen, saldremos sin hacer ruido. *(Acciona una palanca, pero en lugar de arrancar el motor se oye la potente sirena del barco)* Perdonen, no era eso lo que quería hacer...

Charles – Sí, una salida muy discreta...

Marie – ¿Es usted el único que pilota este barco, capitán?

Max – Es un barco pequeño. Un solo patrón basta.

Marie – Normalmente hay un segundo de a bordo.

Amanda – Por lo menos en los aviones es así. Si al piloto le da algo, el copiloto toma el mando.

Max – Pero no estamos en un avión. ¿Qué puede pasarnos?

Amanda – Eso es lo que decían también los pasajeros del Titanic...

Max – ¡Y miren! ¡Desde aquí se ve la costa!

Los demás miran hacia el mar.

Charles – No veo nada...

Yvonne – Yo tampoco...

Sergio – Con la niebla que anuncian, no me extraña que no veamos nada.

Diane – Mientras no sea una tormenta...

Sergio *(en voz baja)* – O un tsunami...

Diane – ¿Tiene alguna información especial al respecto?

Sergio – No, no, nada en absoluto...

Max acciona otra palanca y esta vez se escucha el rugido del motor.

Max – ¡Vamos! ¡Ahora sí que zarpamos!

Negro.

Cuadro 2

Max sigue al timón. Sergio no ha soltado su maletín. Diane y Amanda dormitan en las tumbonas. Charles, Yvonne y Marie esperan sentados sobre sus maletas.

Yvonne *(a Charles)* – No deberías estar sentado en esa maleta, la estás dañando...

Charles – Pero, Yvonne...

Yvonne – ¿Puedes dejar de llevarme la contraria en todo? ¡Qué pesado!

Charles – Perdona... *(Conteniendo su enfado, se levanta)* En cualquier caso, hace un día espléndido.

Yvonne – Sí... Vamos a ponernos morenos. *(A Marie)* Y a usted tampoco le vendría mal un poco de color, querida. Está algo pálida... ¿Se encuentra bien?

Marie – ¿Cuánto tiempo llevamos navegando?

Charles – ¿Un poco más de dos horas, no?

Yvonne – Y aún no vemos la costa...

Charles – ¡Pero mira allí!

Yvonne – Ah, sí, quizás...

Marie – Empiezo a marearme.

Yvonne – Navegar estando embarazada no es muy recomendable.

Charles – Pobrecilla... A veces no queda más remedio. *(Intentando ser amable)* ¿Sabe quién es el padre?

Marie le lanza una mirada ofendida.

Yvonne – Charles, esas cosas no se le preguntan a una mujer decente...

Charles – Perdón, me he expresado mal. Quería decir... ¡Qué contento estará el padre! ¿Niño o niña?

Yvonne – ¡Hombre, Charles! El padre es un hombre, claro. Ni siquiera el matrimonio entre personas del mismo sexo cambia eso. Al final, alguien tiene que poner la semillita...

Charles – Hablaba del bebé, por supuesto. ¿Un niño o una niña? Es lo que se pregunta normalmente en estos casos, ¿no?

Yvonne – ¡Ah, el bebé! Claro... Era una broma. Mi pobre Charles... ¿Y qué espera, niño o niña?

Marie – No lo sé... Prefiero que sea una sorpresa.

Yvonne – Hace bien. Yo tampoco quise saberlo. Aunque, en mis tiempos, no había opción: venía lo que venía.

Marie – Los hijos son un regalo de Dios.

Yvonne – Desde luego... A mí me regaló siete. Todas niñas. *(Más bajo, para sí)* Si hubiera podido ahogar a una o dos... Al final, el que se ahogó fue mi marido. Si hubiera seguido vivo, no sé cuántas hijas más me habría mandado el Señor... Créame, querida: en aquella época el mejor anticonceptivo era la viudedad.

Charles – Eran otros tiempos... No había internet. La televisión era en blanco y negro, pero el mundo ya era de colores.

Yvonne – ¡Adónde vamos a llegar! Dentro de nada podremos elegir el sexo de nuestros hijos, el color del pelo, el cociente intelectual... *(A Marie)* ¿A usted le parece normal? *(Marie no responde)* ¿Qué opina?

Marie – Me entran ganas de vomitar.

Yvonne – Si en mis tiempos hubiéramos podido elegir a nuestros hijos, el mundo estaría lleno de rubios altos con el cociente intelectual de Einstein.

Charles – Como querían los nazis.

Yvonne – Exacto. Y tú probablemente no estarías aquí para contarlo, pobre Charles.

Charles – Menos mal que ganamos la guerra.

Yvonne – ¿La ganaste tú? Pobrecito mío... ¡Si no sabes ni matar un mosquito! ¿Y pretendías liberar Europa de los nazis?

Charles – Y usted, señor Serge, ¿a qué se dedica?

Sergio – Sergio.

Charles – ¿Sergio?

Sergio – Sergio es mi nombre. Soy de Córcega.

Charles – ¡Ah, encantado! Yo soy Charles. Y dígame, Sergio, ¿a qué se dedica?

Yvonne – No seas indiscreto, Charles. El señor acaba de contestarte: es corso...

Diane y Amanda salen de su somnolencia.

Diane – Perdonen, me he quedado un poco dormida.

Amanda – Creo que incluso ha roncado al principio...

Diane – ¿Todavía no hemos llegado?

Amanda – Supongo que nos habrían despertado...

Diane – ¡Capitán! ¿Falta mucho?

Max – No se preocupe. Estamos cada vez más cerca.

Amanda – Sin embargo, todavía no veo la costa...

Diane *(mirando el reloj)* – ¡Esto es increíble! ¡Llevamos dos horas navegando y seguimos sin ver la costa!

Max – Es un barco pequeño, ya saben, y estamos muy cargados...

Diane – ¿Y de quién es la culpa? ¡Usted ha llenado el barco de pasajeros para forrarse!

Max – Solo quería ayudar...

Yvonne – Eso es... Aprovechándose de la miseria del mundo...

Max – Tampoco exageremos...

Yvonne – Siempre hay alguien más pobre que uno, ¿verdad, Charles?

Sergio – Pero ¿está seguro de que vamos en la dirección correcta?

Max – ¿A dónde se refiere?

Sergio – ¡El continente! ¿Está seguro de que es por aquí?

Max – ¡Pues claro! ¿Qué se ha creído? ¡Tengo brújula!

Sergio – Si llevamos tanto tiempo en el mar, deberíamos ver ya la costa, ¿no cree?

Max – Sí... No sé muy bien... *(En voz baja)* Es la primera vez que hago esto...

Diane – ¿Qué?

Max – No, quería decir... ¡Es la primera vez que hago esta travesía con este barco! Normalmente voy en mi yate. Tiene un motor mucho más potente...

Yvonne – Parece que se está nublando, ¿no?

Charles – Sí, se está preparando una tormenta.

Max – Solo es un poco de niebla, no se preocupen.

Amanda – ¿Has consultado de verdad la previsión marítima esta mañana?

Max – Sí, y anuncian niebla...

Amanda – ¡No te estoy preguntando por la contraseña! ¿Has consultado de verdad la previsión marítima?

Max – Ah, eh... No. ¿Para qué?

Marie – Me siento mareada...

Amanda – ¡Por lo menos podría haber mirado el parte meteorológico!

Max – ¡Pónganse de acuerdo! Antes todo el mundo tenía prisa por salir, ¡y ahora resulta que tenía que consultar el tiempo!

Sergio – Déjeme ver esa brújula.

Max – ¡Vaya confianza! Sé leer una brújula.

Sergio toma la brújula que Max le da.

Sergio – ¿Hacia dónde está el continente?

Max – Hacia el este. Bueno... hacia el noreste.

Sergio – ¿Este o noreste?

Max – Digamos que nordeste. El continente es grande, no vamos a pasarlo de largo...

Sergio – A menos que hayamos partido en la dirección equivocada...

Sergio mueve un poco la brújula, orientándola en diferentes direcciones.

Sergio – Se supone que la aguja de una brújula siempre apunta en la misma dirección, ¿verdad? Aunque se gire la brújula.

Max – Por supuesto.

Sergio – ¿Y por qué entonces esta aguja gira con la brújula?

Diane – ¡Esto tiene que ser una broma! ¿Estamos en un programa de cámara oculta?

Max – A ver... *(Recupera la brújula y la hace girar)* Mierda, tiene razón. Parece que la aguja se ha quedado bloqueada.

Sergio – Así que no sabemos a dónde vamos...

Max – Antes de salir se me cayó al suelo. Debe de haberse roto...

Diane – ¡Dígame que no es verdad!

Charles – Podríamos orientarnos por el sol, pero con esta niebla ya no se ve...

Marie – Creo que voy a vomitar.

Amanda – Mejor vaya a vomitar a popa, porque con este viento... ¡nos lo echaría todo encima!

Sergio – Es cierto que está soplando cada vez más fuerte.

Marie se va apresuradamente.

Diane – ¡Pero usted está loco!

Max – Lo siento... De verdad creía que íbamos bien. Aunque yo también empezaba a preguntarme por qué no veíamos aún la costa...

Sergio – ¿Tiene permiso?

Max – Sí, claro. Como todo el mundo...

Sergio – Me refiero al título de patrón.

Max – Es que... Normalmente navego en mi yate.

Sergio – ¿Y?

Max – Bueno, no lo piloto yo. Para eso tengo una tripulación...

Sergio – O sea, que no tiene título de patrón y no sabe nada de navegación.

Max – No pensé que fuese tan complicado. Con buen tiempo casi se ve la costa francesa desde esta isla...

Yvonne – ¡Dios mío! ¡Estamos perdidos! ¡Vamos a morir todos!

Max – No dramaticemos.

Marie regresa.

Marie – ¡Uf, ya me encuentro mejor!

Charles – ¿Ah, sí?

Marie – ¿Qué ocurre? ¡Tienen todos una cara...!

Diane – Ocurre que el capitán no tiene permiso de navegación y estamos perdidos en el mar.

Charles – Un momento... Creo que ahora sí veo algo en el horizonte.

Marie – ¡Estamos salvados!

Yvonne – ¿Estás seguro?

Amanda – Sí... Pero parece que la costa viene hacia nosotros a toda velocidad...

Todos miran al fondo del escenario, donde se supone que está el horizonte.

Sergio – Eso no es la costa... ¡Es una ola gigantesca!

Max – No... Nunca he visto algo así...

Diane – ¡Viene directa hacia nosotros!

Marie – Si saben alguna oración, este sería un buen momento para rezarla...

Negro

Cuadro 3

Los siete permanecen agrupados, petrificados por el miedo.

Charles – Creí que no salíamos de esta.

Max – Por poco nos traga el mar.

Yvonne – Pero la ola ha pasado por debajo del barco sin volcarlo.

Marie – ¡Es un milagro! ¡Gracias a Dios!

Diane – ¡Qué miedo he pasado! *(Más bajo)* Creo que hasta he tenido un orgasmo...

Marie – Al menos se me ha pasado el mareo.

Diane – La última vez que me sentí así fue con mi jefe. En la montaña rusa de una feria.

Yvonne – Por suerte, no había más olas detrás.

Sergio – Y ahora el mar vuelve a estar en calma.

Charles – Entonces quizá todavía tengamos alguna posibilidad de salvarnos...

Poco a poco se relajan y dejan de aferrarse unos a otros.

Marie – Hay que conservar la esperanza.

Amanda – Si hemos ido en la dirección equivocada, bastará con dar media vuelta, ¿no?

Sergio – Dar media vuelta en el mar no es como hacerlo en una carretera, ¿sabe?

Marie – ¡Se está despejando el cielo! ¡Hasta hay un arcoíris! Es una señal del cielo.

Sergio – Ahora que se ve el sol, podemos intentar orientarnos. Si el sol se pone por el oeste, tenemos que ir en sentido contrario.

Diane – ¡Pues no sé a qué espera, imbécil!

Max – Por desgracia, no es tan sencillo...

Diane – ¿Por qué? ¡No me diga que también está roto el timón!

Max – No, pero casi no queda combustible...

Diane – ¡Cómo! ¡Si nos cobró a todos el pasaje por adelantado para llenar el depósito!

Max – Hemos recorrido más distancia de la prevista... Y solo llené medio depósito.

Sergio – ¿Medio depósito?

Max – Creía que bastaría para un par de horas...

Diane – ¿Está de broma?

Max – Por desgracia, no.

Yvonne – Así que estamos perdidos en alta mar, a bordo de un cascarón que hace aguas, con un capitán que no sabe navegar y a punto de quedarnos sin combustible.

Sergio – ¿Cómo ha dicho? ¿Que el barco hace aguas?

Yvonne – He bajado a la bodega, buscando un aseo que, por cierto, no he encontrado. Y al fondo había un charco bastante grande...

Amanda – ¿Capitán...?

Max – Es una pequeña filtración. Nada importante.

Charles – ¿Y qué piensa hacer? ¿Llamar a un fontanero?

Diane – Lo que hay que hacer es pedir auxilio.

Max – Tampoco hace falta ponerse nerviosos...

Amanda – ¿Y qué tiene que pasar para que nos pongamos nerviosos?

Diane intenta llamar por el móvil. Sergio sale.

Diane – No hay cobertura...

Amanda – ¡Claro que no hay cobertura! ¡Estamos perdidos en alta mar!

Max – Perdidos... Tampoco exageremos.

Diane – A este lo mato.

Amanda – Supongo que tampoco hay radio a bordo, ¿no?

Max – No he visto ninguna. Solo una radio antigua de transistores.

Charles – ¿Está seguro de que este barco es suyo?

Max – Digamos que me lo ha prestado un amigo... sin saber todavía que me lo ha prestado.

Diane – ¡O sea, que encima es un barco robado!

Sergio vuelve.

Sergio – Efectivamente, hay una vía de agua en la bodega. Si no empezamos a achicar enseguida, nos hundiremos dentro de una o dos horas.

Marie – ¡Esto no puede estar pasando! Díganme que es una pesadilla y que voy a despertar...

Sergio – Tendremos que turnarnos para achicar agua. Mientras tanto, convendría aligerar el barco de todo peso innecesario.

Se miran unos a otros con desconfianza.

Max – Podríamos empezar por las maletas...

Yvonne – ¿Las maletas?

Amanda – ¡Ni hablar!

Sergio – De ninguna manera.

Yvonne – Por lo menos, la mía no...

Diane *(a Max)* – También podríamos empezar tirándolo a usted por la borda, capitán...

Todos se vuelven amenazadoramente hacia Max.

Negro.

Cuadro 4

Están todos, salvo Max y Sergio. Parecen abatidos.

Yvonne – ¡Y pensar que, en vez de morirme de sed en este cascarón, podría estar tumbada en el jacuzzi de mi hotel de cinco estrellas en aquella isla paradisíaca, tomando un cóctel!

Charles – A fin de cuentas, tampoco teníamos tanta prisa por marcharnos. No había nada tan urgente...

Yvonne – ¡Habla por ti! ¡Tú nunca tienes nada que hacer! Yo tenía cita con mi cirujano esta mañana, en París...

Charles – Era una pequeña liposucción, no una operación a corazón abierto...

Yvonne – ¿Una pequeña liposucción? ¿Y tú te has hecho alguna vez una?

Charles – No... De ese tipo, desde luego que no...

Yvonne – ¡Pues cuando sepas de qué hablas, volvemos a hablar!

Charles – Perdón...

Yvonne – Pobre Charles... A veces me pregunto por qué seguimos juntos...

Charles *(en voz baja)* – Yo también me lo pregunto...

Yvonne – ¡Encima me llevas la contraria!

Diane – ¡Déjelo ya en paz!

Yvonne – ¿Y a esta quién le ha dado vela en este entierro?

Diane – Yo, en su lugar, Charles, ya la habría tirado por la borda.

Amanda – Por lo menos quitaríamos peso.

Diane – Pero usted es demasiado blando para eso, pobrecito.

Charles – Agradecería que dejaran de llamarme «pobrecito» o «pobre Charles». Estoy harto.

Diane – Perdón... Pero supongo que, si tuviera dinero, no necesitaría aguantar a semejante arpía.

Amanda – En el fondo, Charles, usted y yo nos dedicamos a lo mismo: al oficio más antiguo del mundo. Solo que yo trabajo por libre y usted tiene un contrato fijo...

Yvonne – De momento está en periodo de prueba...

Charles *(a Amanda)* – Y no vuelva a llamarme «pobrecito». ¿Acaso yo la llamo «gordita»?

Amanda – ¡Pues como siga así, este renacuajo acabará en el agua!

Amanda se acerca a Charles con aire amenazador. Yvonne se interpone y Charles se refugia cobardemente detrás de ella.

Yvonne – ¡Quietecita! Si alguien va a tirar a este enano por la borda, seré yo.

Regresan Max y Sergio, poniendo fin al enfrentamiento.

Sergio – El motor acaba de pararse. Nos hemos quedado sin combustible.

Marie – Jesús, María, José... Todos vamos a morir...

Max – Lo siento mucho... Pensé que medio tanque sería suficiente.

Diane – ¿Y qué ha hecho con el resto del dinero? ¡Cada uno le pagó quinientos euros! ¿No tenía suficiente para llenar el depósito entero?

Max – Es una larga historia...

Sergio – Quizá no sea el mejor momento para contarla.

Diane – Sergio tiene razón. Más vale concentrarse en encontrar una solución, ¿no creen?

Amanda – ¿Una solución? ¿En serio?

Diane – ¡Podemos fingir que esto es un juego! ¡Un escape room!

Amanda – ¿Un qué?

Marie – Uno de esos juegos en equipo que organizan en los seminarios de empresa para fomentar el compañerismo. Nos encierran en una habitación y tenemos que encontrar juntos la forma de salir.

Charles – ¿Y qué se cree que llevamos haciendo? ¡Llevo una hora concentrándome! ¡No doy más de mí!

Amanda – Si bastara con concentrarse, ya habríamos escapado de este cascarón a punto de hundirse...

Yvonne *(a Diane)* – Pues si tiene usted la solución, señora sabelotodo, adelante...

Diane – No sé... Los móviles no funcionan. ¿Y si lanzamos una botella al mar, con un mensaje dentro?

Charles – Bravo...

Sergio – ¿Y qué pondría en ese mensaje para que los equipos de rescate supieran dónde buscarnos?

Diane – Fue solo una idea...

Amanda – Una idea estúpida, sí.

Diane – Puede que parezca una tontería, pero en una sesión de ideas no hay que censurarse. A veces, después de veinte disparates, surge una buena idea.

Amanda – Pues usted hace rato que agotó el cupo. Ahora nos debe una idea genial.

Sergio – Vuelva al mundo real, Diane. Esto no es un seminario de empresa. ¡Estamos en un barco que se hunde!

Amanda – Y aquí no tenemos vidas de repuesto. Si perdemos esta, se acabó la partida.

Marie – ¿Y si rezamos todos juntos? Quizá Dios nos escuche...

Consternación general.

Yvonne – Sí, claro... ¿Y por qué no organizamos una procesión?

Charles – O un sacrificio humano...

Max – A ver si ahora vamos a gastar las veinte tonterías antes de empezar...

Sergio – A no ser que Dios sepa convertir el agua en combustible...

Max – En ese caso, que baje a la bodega. Allí el agua nos llega ya a las rodillas... Por cierto, alguien debería volver a achicar.

Sin reacción.

Charles – Quizá deberíamos izar una señal de socorro, por si nos sobrevuela algún helicóptero de vigilancia.

Marie – Sí, podríamos hacer eso...

Silencio incómodo.

Yvonne – El problema es que ninguno de nosotros está en una situación muy regular...

Diane – No se preocupe, no somos inmigrantes irregulares.

Yvonne – Pero si los guardacostas nos obligan a abrir las maletas...

Amanda – Yo no tengo nada que ocultar.

Yvonne – Ah, ¿sí? Pues ábrala y enséñenos qué lleva.

Amanda – Usted a mí no me da órdenes.

Max – El que sale de un paraíso fiscal en un pesquero no suele llevar pescado en la maleta, precisamente.

Amanda – ¿Qué hacemos entonces? ¿Preferimos ahogarnos todos?

Vacilan.

Sergio – Está bien. Voy a encargarme de la señal.

Sale.

Marie – Me está entrando una sed terrible...

Charles – Morirse de sed rodeados de agua... ¡Qué ironía!

Diane – ¿Eso es lo único absurdo que ve en esta situación?

Yvonne – A usted no le ha preguntado nadie.

Max – Tranquilos, hay algunas botellas en la bodega.

Charles – Lo tiene usted todo previsto, capitán...

Diane – ¿Cuántas botellas?

Max – Dos.

Yvonne – ¿Grandes?

Max – Treinta y tres centilitros.

Charles – Ah sí, ahora estamos más tranquilos...

Diane – A quinientos euros el billete, por lo menos podría haber previsto algo de beber...

Amanda – Dos botellas de treinta y tres centilitros suman sesenta y seis.

Yvonne – Bravo, al menos sabes contar...

Amanda – Somos siete. Ni siquiera llega a diez centilitros por persona.

Marie – Tendremos que racionar el agua. Creo que las embarazadas deberían tener preferencia.

Diane – ¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Charles – ¡Vaya ocurrencia, venir de vacaciones a esta república bananera estando embarazada! ¿Qué hacía usted aquí, en realidad?

Marie – ¿Acaso le hago yo preguntas? ¿Y usted qué hacía, de luna de miel? Una isla del tamaño de tres campos de fútbol, con cinco bancos por metro cuadrado...

Silencio.

Max – Por cierto, ¿sabían que el punto más alto de este microestado está a tres metros sobre el nivel del mar?

Amanda – No, y nos da igual.

Yvonne – No se viene a un paraíso fiscal para esquiar. Se viene a poner el dinero a buen recaudo.

Diane – En Suiza pueden hacerse las dos cosas.

Sergio vuelve.

Sergio – Ya he izado la señal de socorro. Pero, si no queremos hundirnos antes de que llegue la ayuda, alguien tiene que volver a achicar agua.

Max – Dijimos que las embarazadas estaban exentas. Así que le toca a usted, Yvonne.

Yvonne – Charles irá en mi lugar.

Charles – ¿Y por qué?

Yvonne – ¡Porque yo te mantengo, imbécil! ¡Por eso!

Charles – Iré... Por caballerosidad. Pero tampoco me gusta que me llames imbécil.

Yvonne – Pobrecito mío...

Charles sale, haciéndolo a regañadientes.

Max – Si salimos de esta, prometo devolverles la mitad del precio del pasaje.

Diane – ¡Encima se burla de nosotros! Como salgamos vivos, se las verá con mi abogado.

Max – ¿Está segura?

Diane – ¿Qué está insinuando?

Max – Todos tenemos buenas razones para encontrarnos aquí y para querer volver al continente sin pasar por la aduana. Todos, incluso usted...

Diane – ¿Y por qué lo dice?

Max – Si no tuviera nada que ocultar, nunca habría pagado tanto por la travesía. Ni estaría tan pendiente de su maleta...

Sergio – Recuerdo que la compañía de ferris está en huelga.

Max – La huelga... es solo una excusa. Esto parece una desbandada de ratas abandonando el barco... ¡con la cubertería de plata!

Sergio – ¡Ojalá pudiéramos abandonar nosotros este maldito barco!

Max – Eso de «abandonar el barco» era una forma de hablar. Me refería a la isla, ese remanso de paz para millonarios sin patria. ¿Por qué tenían todos tanta prisa por marcharse?

Diane – No es asunto suyo. Queríamos regresar al continente cuanto antes. Los ferris estaban en huelga, así que cogimos el primer barco disponible...

Marie – Cuando uno está en el Titanic, hay que elegir bien el bote salvavidas... Me temo que nosotros nos equivocamos.

Max – Todos estamos en el mismo barco, sí, pero no por las mismas razones. Me gustaría saber cuál de esas maletas contiene más dinero. Seguro que no es la mía...

Diane – Aunque sus maletas estén limpias, capitán, le recuerdo que transportar pasajeros clandestinamente es un delito.

Marie – Sobre todo si ni siquiera tiene título de patrón.

Diane – Si nos rescatan los guardacostas, podríamos vernos todos en un buen lío...

Yvonne – Siempre que no nos rescaten unos piratas...

Sergio – Bueno, con los piratas siempre podríamos llegar a un acuerdo.

Yvonne – Y al menos no acabaríamos en la cárcel.

Marie – A menos que acabemos en el fondo del mar, devorados por tiburones...

Silencio incómodo.

Yvonne – ¿Y qué hacemos ahora, aparte de achicar agua?

Sergio – ¿Qué quiere que hagamos? Nos hemos quedado sin combustible. Solo podemos dejarnos llevar, con la esperanza de que la corriente o el viento nos acerquen a tierra.

Marie – ¿Eso es todo lo que propone?

Sergio – Yo no soy el capitán de este barco. Pregúntenselo al idiota que nos ha traído aquí, a alta mar, a punto de naufragar.

Todas las miradas se vuelven hacia Max, que considera más prudente no abrir la boca.

Yvonne – Empiezo a tener hambre.

Max – Lo siento, no había previsto comidas. La travesía iba a durar solo un par de horas. En la bodega hay un paquete de galletas empezado.

Yvonne – Creo que las personas corpulentas deberían tener prioridad. Al fin y al cabo, necesitan comer más que las demás.

Marie – O quizá necesiten adelgazar. Además, ¡les recuerdo que yo estoy más gorda que ustedes!

Yvonne – Cuando se acaben las galletas, quizá tengamos que comernos unos a otros. Como en La balsa de la Medusa.

Marie – Podríamos echarlo a suertes para decidir quién se come a quién. Como en aquella canción de marineros...

Max – ¿Qué canción?

Marie empieza a cantar una canción infantil muy conocida.

Marie – Había una vez un barco chiquitito, había una vez un barco chiquitito...

Yvonne mira el abultado vientre de Marie.

Yvonne – En la versión que yo conozco, al final se comen al más joven...

Marie – Pues esperemos que no dé a luz aquí.

Un silencio incómodo.

Sergio – De todos modos, Max, hay algo que no entiendo.

Max – Ah sí...

Sergio – Ahora me toca hacerle una pregunta.

Max – Dígame.

Sergio – Hay maneras mucho más eficaces de ganar dinero que conducir un pesquero sin tener permiso de navegación.

Diane – Sobre todo si es tan rico como dice.

Sergio – ¿Por qué se ha metido a transportar viajeros clandestinamente, si no sabe manejar un barco?

Max – Ya les dije que es una larga historia.

Sergio – A estas alturas, no tenemos nada mejor que hacer que escucharla.

Max – Como ya saben, la compañía de ferris que une habitualmente esta isla con el continente está en huelga...

Yvonne – De eso nos hemos dado cuenta. ¡Si no, no estaríamos aquí!

Max – Los empleados se declararon en huelga al enterarse de la venta de la compañía a un grupo financiero que anunciaba despidos masivos.

Diane – ¿Y qué tiene que ver usted con todo esto?

Max – Yo era el dueño de esa compañía de ferris. Bueno, hasta hace nada...

Diane – ¿Entonces era usted...?

Yvonne – ¿Lo conoce?

Diane – Digamos que... sé algo de esa operación.

Sergio – ¿Y por qué vendió la compañía?

Max – Hice malas inversiones. Y después algunas maniobras peores para intentar recuperar lo perdido. Estoy arruinado. El banco aprovechó para comprarme la empresa por cuatro perras.

Sergio – ¿Y aceptó?

Max – Eso o acabar directamente en la cárcel.

Marie – Pero eso no explica por qué robó un pesquero.

Max – Los empleados en huelga me habían encerrado en mi despacho. Estuve a punto de acabar linchado. Conseguí escapar y decidí marcharme de la isla cuanto antes. Me llevé un pesquero que estaba varado en seco...

Sergio – Seguramente para reparar esa vía de agua...

Max – Ni siquiera tenía dinero suficiente para llenar el depósito. Además, necesitaba efectivo para sobrevivir en el continente, a la espera de tiempos mejores.

Diane – Entiendo...

Max – Dejé que mi ayudante firmara la venta con la representante del banco. Por cierto, a ella también estuvieron a punto de lincharla.

Diane – Lo sé...

Max – ¿Cómo lo sabe?

Diane – Porque fui yo quien firmó en nombre del banco.

Max – ¿Usted es la negociadora de Continental Finanzas? ¿La que llaman el Tiburón?

Diane – La misma.

Max – Vaya ironía... En cierto modo le he salvado la vida.

Diane – No exagere. Estamos perdidos en el mar, sin combustible y a punto de hundirnos.

Max – Y no sé qué me impide tirarla por la borda. ¡Sus malos consejos financieros me arruinaron! Y después su banco compra mi empresa por una miseria...

Diane – Solo cumplía órdenes. Los tiempos son difíciles para todos. Es la crisis...

Marie – Qué curioso. Desde que Dios creó el mundo, siempre ha habido crisis... Y, sin embargo, los ricos cada vez son más ricos.

Max *(a Diane)* – Prefiero ir a achicar agua antes de dejarme llevar por impulsos homicidas de los que podría arrepentirme.

Max sale. Silencio tenso.

Yvonne – Dígame, «Tiburón»... Ha hablado de los malos consejos que arruinaron a Max. Espero que a mí me haya aconsejado mejor. También confié mis inversiones a Continental Finanzas.

Diane – Tranquila... Si somos líderes mundiales en gestión de patrimonios, será por algo.

Sergio – Salvo que su banco se haya hecho rico arruinando a sus clientes más ingenuos.

Yvonne parece cada vez más preocupada. Charles regresa.

Sergio – ¿Ya ha terminado de achicar? ¿No queda agua en la bodega?

Charles – Ya no sirve de nada. La entrada de agua es demasiado grande...

Marie – Entonces es el final. Solo nos queda rezar...

Charles – ¡Haga algo, Yvonne!

Yvonne – ¿Qué quieres que haga, idiota? Solo sé resolver los problemas que se arreglan sacando el talonario.

Sergio – Me temo que esta vez el dinero no bastará.

Momento de depresión general.

Yvonne *(a Charles)* – ¡Y deja de morderte las uñas! Me pone nerviosa.

Charles – ¡Déjame en paz! ¡Me morderé las uñas si me da la gana!

Amanda – Vaya... Antes no se atrevía a hablarle así, ¿verdad?

Charles – Antes soñaba con casarme con una millonaria para heredar su fortuna. Pero ¿de qué sirve casarse con una millonaria que va a morir? ¡Sobre todo si yo también voy a morir!

Marie se retuerce de dolor.

Marie – ¡Esto es una tortura...!

Sergio – No se pondrá de parto ahora, ¿verdad? ¡Lo que faltaba!

Marie – No, tranquilos, no hay riesgo alguno...

Max regresa.

Max – No he conseguido conectarme a internet, pero sí escuchar el boletín marítimo en una radio vieja que he encontrado en la bodega.

Diane – ¿Y qué dice? ¿Siguen anunciando niebla?

Max – No, pero informan de que un tsunami ha arrasado el paraíso fiscal del que acabamos de salir.

Marie – ¿Un tsunami?

Max – Una ola lo bastante alta para sumergir por completo esa isla, teniendo en cuenta su escasa altitud.

Marie – ¡Dios mío! ¡Es la ola gigantesca que casi nos engulle!

Max – No pudieron avisar a tiempo. No hay supervivientes...

Amanda – ¡Qué horror!

Marie – Seguro que es un castigo divino. Jesús expulsó a los mercaderes del templo y Dios destruyó Sodoma y Gomorra...

Max – Para nosotros, en cambio, ha sido un milagro. Si no hubiéramos salido de la isla a tiempo, también habríamos muerto ahogados.

Sergio – Sí... Qué oportuna casualidad...

Yvonne *(a Max)* – O sea, que al embarcarnos en este cascarón nos ha salvado la vida...

Max – Es un hecho.

Diane – Lo llamaremos Noé.

Amanda – Sí... Ha embarcado en su arca una muestra de lo peor de la humanidad para asegurarse de que la especie sobreviva al diluvio.

Charles – Nos hemos librado del diluvio, pero nuestra arca se está hundiendo por popa.

Sergio – Y si no alcanzamos pronto la costa, acabaremos en el fondo.

Marie – Ojalá los equipos de rescate que vayan a la zona del desastre nos vean y vengan a ayudarnos.

Yvonne – Con un poco de suerte, con todo este caos, ni se les ocurrirá registrar las maletas...

Charles – En fin, a mal tiempo, buena cara.

Yvonne – ¿Le quedan muchos más refranes estúpidos?

Charles – No hay mal que por bien no venga, si lo prefiere.

Yvonne – Preferiría que se callara.

Amanda – ¿Van a empezar otra vez?

Yvonne – Y usted, ¿qué pinta aquí? No tiene pinta de venir a esconder sus ahorros en un paraíso fiscal. Y su oficio, que dicen que es el más antiguo del mundo... No creo que los hoteles de cinco estrellas sean su terreno habitual de caza, ¿me equivoco?

Amanda – No se fíe de las apariencias. Fíjese en usted: es la prueba viviente de que el dinero y la clase no siempre van unidos...

Yvonne – Está claro que usted no es de los nuestros. ¿Quién es en realidad, y qué esconde en esa maleta ridícula?

Amanda – Ni se le ocurra tocarla.

Yvonne – Si no tenemos nada que esconder, ¿por qué no nos enseña qué lleva dentro?

Sergio – Vamos, ábrala. Total, ya estamos todos en el mismo barco...

Amanda – Ni hablar.

Yvonne – Charles, abre esa maleta.

Charles – No sé si debería...

Yvonne – ¡Que la abras!

Charles – ¿Y si lleva una bomba?

Yvonne – ¿Por qué crees que te lo mando a ti, imbécil?

Charles – Está bien...

Charles se acerca a Amanda sin demasiada convicción.

Amanda – No hace falta... La abriré yo.

Amanda abre la maleta, saca una pistola y apunta a Charles.

Amanda – ¡No les aconsejo acercarse!

Sergio – ¿Necesita semejante arsenal para defender su virtud?

Amanda – Lo reconozco... No soy quien ustedes creen...

Charles – Entonces, ¿quién es usted y a qué se dedica?

Yvonne – ¿Traficante de armas? ¿Terrorista?

Amanda – Soy policía. De la unidad de delitos económicos. Me infiltré aquí para vigilar sus pequeños negocios y pillarlos a todos con las manos en la masa.

Max – ¿Y qué piensa hacer ahora? ¿Meternos a todos en la bodega?

Amanda baja su arma.

Amanda – Tienen razón. A estas alturas ya da igual. Vamos a morir todos. ¿Para qué seguir jugando a policías y ladrones?

Negro.

Cuadro 5

Están todos salvo Diane. Llevan la ropa desaliñada y tienen la piel muy bronceada, incluso quemada por el sol.

Yvonne – Empiezo a tener un hambre terrible.

Marie – Podríamos pescar... Al fin y al cabo, estamos en un pesquero.

Sergio – Yo no veo ninguna red.

Charles – ¿Sabe pescar alguien?

Max – Yo sí. Pesca de altura, desde mi yate... Con una tripulación. Pero aquí...

Yvonne – ¿Cree que terminaremos recurriendo al canibalismo?

Charles – En caso de extrema necesidad, no sería delito.

Sergio – Sí lo sería si primero tuviéramos que matar a alguien para comérnoslo...

Yvonne – Pues esperaremos a que alguno muera por causas naturales.

Charles – Si no nos rescatan pronto, no creo que tardemos mucho.

Diane aparece muy excitada.

Diane – ¡He pescado un pez!

Max – ¿Cómo lo ha hecho?

Diane – Con una red.

Max – ¿Y de dónde ha sacado una red?

Diane – He improvisado una con un palo de escoba y... mi ropa interior.

Sergio – ¿Y ha conseguido pescar algo con eso?

Diane – Sí... No se movía. Estaba panza arriba. Debía de estar dormido.

Amanda – ¿Los peces duermen?

Diane – Una pequeña siesta, quizá.

Sergio – O quizá estuviera muerto.

Diane – Es verdad que, cuando lo saqué del agua, olía un poco raro...

Charles – ¿Seguro que era el pez?

Yvonne – ¡Charles, por favor!

Charles – Perdón. Será el sol. Creo que estoy a punto de sufrir una insolación.

Sergio – ¿Y qué ha hecho con el pescado?

Diane – ¡Me lo he comido!

Silencio de consternación.

Marie – Creo que hemos tocado fondo.

Charles – Una expresión muy apropiada, tratándose de un barco que se hunde...

Yvonne – Ahora se dedica a hacer juegos de palabras... Sí, definitivamente es el sol...

Pausa.

Sergio *(a Yvonne y Charles)* – ¿Y ustedes qué habían venido a hacer a esta isla?

Charles – Una visita de reconocimiento. Para nuestra luna de miel. Primero habíamos pensado en las Bahamas, pero ahora están tan vistas...

Yvonne – Déjalo, Charles. A estas alturas, ya puedo contarles la verdad.

Charles – Yo creía que era verdad...

Yvonne – Vengo dos veces al año a este paraíso fiscal para poner a salvo mis ahorros.

Sergio – No me diga que ha venido con las maletas vacías...

Yvonne – Llego con dinero en efectivo y vuelvo con títulos al portador...

Sergio – ¿Y ha tenido buena pesca este año? ¿Qué trae en las redes? Quiero decir, en esa maleta tan grande...

Yvonne – Bonos del Estado emitidos por el microestado de esta isla.

Diane – ¿En serio? ¿Y quién le aconsejó comprarlos?

Charles – Continental Finanzas. ¿Por qué?

Diane – Pues porque, después del tsunami, esa república bananera ha desaparecido, así que sus bonos ya no valen nada.

Yvonne – ¿Está segura?

Diane – ¿No se ha enterado? La isla ya no existe. Ha sido borrada del mapa.

Charles – ¿Qué? Entonces, Yvonne, estás arruinada...

Diane – La compañía de ferris que acabamos de comprar tampoco debe valer mucho. Al menos, la huelga ha dejado de ser un problema. Aunque nunca se sabe... Tal vez los barcos sigan a flote, aunque todos los marineros se hayan ahogado.

Marie – Es espantoso... Por lo menos nosotros seguimos vivos. De momento.

Max – Bueno, Yvonne. Ahora le toca a usted.

Yvonne – ¿A mí?

Max – ¡Achicar agua!

Yvonne – Charles, te toca.

Charles – No. ¡Ya estoy harto! No soy tu criado.

Yvonne – ¿Hablas en serio?

Charles – Llevo años aguantando tus humillaciones con la esperanza de casarme contigo y heredar tu fortuna. Pero ahora estás arruinada y, además, vamos a morir todos. ¡Ya me da igual todo!

Max *(a Yvonne)* – Entonces, ¿se anima?

Yvonne – ¿Para qué? Tiene razón. Vamos a morir todos. Un poco antes o un poco después... No merece la pena cansarse.

Marie – Entonces... Solo nos queda encomendarnos a Dios...

Silencio.

Amanda – Y tú, virgencita, ¿a qué has venido en realidad?

Marie – Digamos que... también me dedico a los negocios.

Yvonne – ¿A qué clase de negocios?

Amanda – Ya no hace falta fingir. Les recuerdo que soy policía y que sé mucho más de lo que creen.

Marie – ¡Al diablo con todo! ¡Ya no aguanto más esto!

Se quita la barriga postiza.

Sergio – ¿Pero qué es eso?

Marie – Cocaína.

Yvonne – ¡Y pensar que aprovechó su falso embarazo para librarse de achicar agua y llevarse una ración extra de nuestra escasa agua potable!

Charles – ¿A ella era a quien venía a detener?

Amanda – Entre otros. A bordo de este barco no me faltan candidatos, ¿no creen?

Todos se vuelven hacia Amanda.

Marie – Anda con cuidado, querida...

Amanda – ¿Ah, sí?

Yvonne – Usted está sola y nosotros somos seis.

Diane – Podríamos deshacernos de usted...

Sergio – En nuestra situación, tampoco sería tan extraño que alguno no sobreviviera...

Yvonne – ¡Con el hambre que tengo! ¿Y si nos la comemos?

Todos avanzan hacia Amanda. Ella vuelve a sacar la pistola.

Amanda – Olvidan que estoy armada...

Charles – Es verdad.

Se detienen y retroceden con cautela.

Marie – Y tú, Sergio, ¿qué llevas en ese maletín? ¿Una bomba atómica en miniatura?

Sergio – No. Pero es casi igual de explosivo...

Charles – O lo cuentas todo o no digas nada. ¿Qué es?

Sergio – Fondos clandestinos para una campaña electoral. Procedentes de donantes completamente desinteresados... *(Señala a Yvonne)* Como esta señora.

Charles – No sabía que fueras tan generosa, querida...

Yvonne – Por mucho que uno done sin interés, siempre puede esperar algún favor a cambio, si nuestro querido presidente sale reelegido. ¿Qué preferirías? ¿Que vuelva la izquierda al poder?

Max *(a Sergio)* – Ah... Conque por eso usted tampoco quería pasar por la aduana.

Charles – Es increíble lo solidarios que son los ricos cuando se trata de defender sus privilegios...

Sergio – Yo cumplo órdenes. El presidente me ha pedido que recupere urgentemente los fondos de campaña depositados en este paraíso fiscal.

Marie – ¿Urgentemente? Entonces sabía lo del tsunami, ¿verdad?

Sergio – Como jefe supremo de las fuerzas armadas, el presidente tiene acceso a información meteorológica reservada.

Marie – Temía perder su tesoro de guerra... Pero no advirtió del tsunami que arrasó la isla y mató a todos sus habitantes.

Sergio – No había sitio para todos en los barcos. Solo se informó a unos cuantos privilegiados.

Marie – Sus generosos donantes, por ejemplo. Los que financian su campaña.

Max – Como usted, Yvonne.

Charles – ¿Tú también lo sabías?

Yvonne – ¡Deberías darme las gracias, imbécil! Te he salvado la vida.

Charles – ¡Si solo habías reservado plaza para ti! Si no te hubiera sorprendido marchándote a toda prisa del hotel...

Amanda – Si les sirve de consuelo, yo tampoco lo sabía. Y eso que soy policía. Si no hubiera seguido a esta gente, también habría muerto en el tsunami...

Charles – A lo mejor eso es lo que pretendía el presidente: enterrar la investigación junto a la investigadora... *(A Diane)* ¿Y usted también lo sabía?

Diane – No... Pero mi jefe sí, eso está claro. Ahora entiendo por qué tenía tanta prisa por cerrar su cuenta en aquel paraíso fiscal y por qué me envió allí a recoger el dinero y traerlo de vuelta en efectivo...

Max – Sin advertirla de que un tsunami podía arrasarla a usted también.

Diane – ¡Y yo que confiaba tanto en él! Qué decepción...

Sergio – ¿Confiar en el director del mayor banco del país? Su ingenuidad me sorprende, querida.

Charles – ¡Y pensar que a usted la llaman el Tiburón...!

Diane – Yo creía que, incluso entre tiburones, existía cierta solidaridad familiar. Que yo era de los suyos. Que los tiburones no se devoraban entre sí...

Sergio – Pues ya ha descubierto los límites de esa solidaridad entre los auténticos multimillonarios y quienes les sirven, esperando que les caigan unas migajas de la mesa.

Max – Como dijo un gran filósofo: «Cuando las gaviotas siguen a un pesquero, es porque esperan que tiren sardinas al mar».

Sergio – No conozco esa cita. ¿De qué filósofo se trata?

Max – De un futbolista.

Marie *(a Sergio)* – En cualquier caso, podrían haber avisado a los marineros en huelga. Viendo lo que se avecinaba, habrían vuelto al trabajo sin rechistar...

Sergio – Podríamos haberlo hecho, sí...

Marie – ¿Pero...?

Sergio – El jefe de Estado de aquella república bananera fue durante años aliado de nuestro país. Y, sobre todo, amigo personal de nuestro presidente. Además, era muy generoso. Por desgracia...

Max – Imagino que se había convertido en un amigo demasiado incómodo...

Sergio – No puedo decir más. Es un asunto de Estado.

Max – En todo caso, ese problema ya está resuelto...

Sergio – Gracias a Dios.

Max – Y al tsunami...

Negro

Cuadro 6

Están todos, salvo Marie. Cada vez parecen más náufragos. Marie vuelve emocionadísima, con una botella de agua en cada mano.

Marie – ¡Es un milagro! Ayer teníamos dos botellas de agua, y esta mañana tenemos cuatro.

Amanda – La multiplicación de las botellas... ¿Intervención divina, quizá?

Max – No, pero casi. Ha llovido durante la noche y he podido llenar varias botellas vacías.

Charles – No sabía que lloviera en medio del mar.

Max – ¿Te sorprende?

Charles – No sé por qué me sorprende...

Max – Al menos tardaremos algo más en morirnos de sed.

Charles – ¿Sabe por qué el agua del mar es salada, capitán?

Max – No... ¿Lo sabe usted?

Charles – Yo tampoco.

Yvonne – ¿Seguro que no tiene una insolación, pobre Charles? Debería ponerse un sombrero.

Charles – Piénselo: si el agua del mar no fuese salada, se resolverían muchos problemas del mundo.

Amanda – ¿Va a seguir dando la lata mucho tiempo?

Diane – Por lo menos, con todos esos peces muertos que flotan, de hambre no nos moriremos...

Sergio – Después de todo, la contaminación de los océanos también tiene sus ventajas.

Marie – Salvo que muramos envenenados como esos peces enfermos y medio podridos que estamos comiendo.

Diane saca otro pez y le da un mordisco.

Diane – Pues no está tan malo.

Amanda – Una se acostumbra a todo...

Yvonne – Creo que he adelgazado diez kilos.

Charles – ¿Lo ves? Al final, la liposucción podía esperar...

Amanda – Voy a ver si puedo pescar alguno más...

Amanda se aleja. Los demás siguen mordisqueando sus pescados. Amanda regresa a toda prisa.

Amanda – ¡Tierra a la vista!

Diane – ¡No me diga!

Amanda – ¡Que sí! ¡Miren!

Todos miran hacia el horizonte.

Yvonne – ¿Seguro que no es un espejismo?

Max – ¡Pues sí que hay tierra!

Charles – ¡Tierra! ¡Tierra! Me siento como Cristóbal Colón al descubrir América.

Marie – Espero que no hayamos llegado tan lejos... ¡Gracias a Dios, estamos salvados!

Max – Ya era hora. Por mucho que achicáramos agua, el barco seguía hundiéndose cada vez más.

Por un instante recuperan la sonrisa y los ánimos.

Diane – ¡Uf! Al fin volvemos a la civilización.

Max – Aunque hemos perdido mucho dinero.

Yvonne – Y unos cuantos kilos.

Max – El dinero se recupera. El que ha sido rico una vez, siempre lo será...

Sergio – A no ser que terminemos en la cárcel.

Todos miran a Amanda.

Amanda – Les prometo que no diré nada. Después de todo lo que hemos pasado juntos...

Yvonne – Gracias.

Amanda – Pero al presidente tampoco le ha ido tan mal, ¿verdad?

Sergio – Noto cierta insinuación en ese comentario... Incluso un intento de chantaje con extorsión de fondos.

Amanda – ¡Qué palabras tan fuertes! Solo digo que una pequeña gratificación por los servicios prestados al país y por mi discreción tampoco vendría mal...

Max – Y a nosotros nos vendría bien una indemnización, con todo lo que hemos perdido en esta catástrofe...

Yvonne – Usted, que habla directamente con el presidente... ¿No podría conseguir que nos reconocieran como víctimas de una catástrofe natural?

Marie – Porque, entre nosotros, si contáramos todo lo que sabemos... la reelección de su presidente podría peligrar.

Sergio – Entre personas civilizadas, siempre se puede llegar a un acuerdo...

Max – ¿Y por qué no una medallita? He salvado unas cuantas vidas gracias a mi heroísmo.

Sergio – Hablaré con el presidente.

Todos vuelven a mirar hacia la costa.

Max – Los vientos nos acercan a tierra. Solo tenemos que esperar...

Yvonne – Es extraño... Esto no se parece mucho a la costa francesa.

Charles – La verdad es que hay demasiadas palmeras...

Amanda – Desde luego, no estamos en Bretaña.

Sergio – Y esa bandera que ondea en el puerto no es la francesa.

Charles – ¿No será Córcega?

Sergio – Se acerca una embarcación. Podemos preguntarles.

Marie – Es una barca enorme, con más de cien personas a bordo.

Yvonne – Parecen migrantes.

Charles – Pero ¿por qué iban a salir de Francia mar adentro?

Diane – Ahora distingo mejor la bandera...

Marie – Se parece un poco a la de Marruecos...

Max – ¿Qué bandera es?

Amanda *(a Sergio)* – ¿Usted entiende de banderas?

Charles – ¿No será la de Palestina?

Sergio – Peor todavía...

Yvonne – ¿Qué puede haber peor que desembarcar en la franja de Gaza?

Sergio – Es la bandera de Libia...

Todos se quedan paralizados por la sorpresa.

Negro

Cuadro 7

Los siete siguen allí, estupefactos, mirando hacia el fondo del escenario, donde se adivina una costa poco acogedora.

Amanda – Ahora ya se distingue perfectamente la playa.

Yvonne – Sí, pero no sé si debemos celebrarlo.

Marie – Hasta empezamos a verles las caras...

Max – Y los fusiles de asalto...

Charles – Algunos parecen estar divirtiéndose mucho.

Diane – Se van a llevar una buena sorpresa al vernos.

Sergio – Normalmente, el tráfico va en sentido contrario.

Marie – Un grupo de extranjeros llegando a la costa libia con maletas llenas de billetes, títulos al portador y bolsas de cocaína...

Max – Quizá deberíamos deshacernos de todo eso.

Yvonne – ¿Tirar nuestro dinero por la borda?

Sergio – Podemos entregarles los bonos del Estado. Ya no valen nada.

Diane – Si nos encuentran con tanto dinero, nos matarán para quitárnoslo.

Sergio – Y si llegamos con las manos vacías, harapientos y muertos de hambre, quizá tampoco se lo crean... Y puede que nos maten igual.

Marie – Es difícil hacerse pasar por refugiados europeos que llegan a Libia para pedir asilo político.

Max – Podemos contarles la verdad.

Amanda – No se creerán ni una palabra.

Marie – Hay que reconocer que nuestra historia es bastante increíble.

Max – Sí...

Suena un móvil: es el de Sergio, que contesta.

Sergio – ¿Diga?... Sí, señor presidente. Muy bien, señor presidente. Gracias, señor presidente.

Guarda su móvil.

Yvonne – ¿Y entonces?

Sergio – Era el presidente.

Marie – ¿Y qué?

Sergio – Los aviones de nuestro país que operan en la zona nos han localizado. Nos mandan un helicóptero.

Se oye un helicóptero de reconocimiento que se aproxima y después se aleja.

Marie – ¡Dios existe!

Yvonne – ¡Estamos salvados! Ojalá esta vez sea de verdad...

Charles – Ya iba siendo hora. Tantos giros de la trama empiezan a resultar agotadores. Esta comedia ha durado demasiado.

Sergio – Tranquilos. Esta vez sí que han terminado nuestros problemas.

Amanda – Un final un poco de película del Oeste, ¿no? Con la caballería llegando al rescate...

Marie – Lo importante es que acaba bien.

Diane – Sí... Como un cuento de hadas.

Max – Incluso podría terminar en boda... Como capitán, creo que estoy autorizado a celebrarla.

Charles – Pues me atreveré... *(Se arrodilla ante Yvonne)* Yvonne, ¿quieres casarte conmigo?

Yvonne – ¡Vete a la mierda!

Amanda – Pues parece que esta vez no hay boda.

Diane – En cualquier caso, dentro de unas horas estaremos de vuelta en Francia.

Alivio general. Todos se felicitan unos a otros.

Diane – Menos mal que el presidente valora su trabajo. Debe de ser usted un colaborador muy valioso.

Sergio – Lo que valora es recuperar su maletín con los millones destinados a financiar la campaña.

Marie – ¿Está seguro de que no acabaremos todos en la cárcel? En mi equipaje de mano llevo cinco kilos de cocaína.

Yvonne – Después de lo que hemos pasado, la cárcel sería casi un descanso.

Sergio – Tranquilos. Les di mi palabra: el presidente hará lo posible para que esto no trascienda.

Amanda – Nos repatriará el ejército, no la policía. Eso facilitará las cosas.

Sergio – Las fuerzas especiales están acostumbradas a este tipo de operaciones poco confesables. Están al servicio del presidente.

Diane – ¡Estupendo! Entonces... ¡Bien está lo que bien acaba!

Charles – Salvo para los habitantes de aquella isla que acaba de desaparecer del mapa.

Yvonne – Bueno, casi todos eran empleados de banca. En un paraíso fiscal se podría decir que murieron por la patria.

Max – Y, reconozcámoslo, la desaparición de Sodoma y Gomorra nos viene muy bien a todos, ¿verdad, Sergio?

Sergio – Ahora sí puedo decirles que nuestro Estado, a través de su presidente, tenía una deuda enorme con el banco central de aquel pequeño paraíso.

Amanda – Si desaparece el paraíso, desaparece la deuda.

Sergio – Y cuando se borran las deudas del Estado, todos los ciudadanos somos un poco más ricos. Bueno... algunos, al menos.

Diane – Como una pizarra mágica: se borra todo y se empieza de cero. El espectáculo ha terminado, pero los negocios continúan.

Sergio – El presidente prometió acabar con los paraísos fiscales. ¡Por fin un candidato que cumple su programa!

Max – Por un paraíso perdido, diez encontrados.

Amanda – Y ahora, gracias a nuestro querido presidente, volveremos a casa.

Charles – ¡Viva el presidente!

Sergio – ¡Viva la República!

Charles – ¡Viva la patria!

Todos – ¡Y vivan las finanzas!

Se cuadran. Suena un himno nacional solemne, que se va apagando mientras todos desfilan en formación. Diane cierra la fila y sale la última.

Diane *(al salir)* – Creo que acabo de tener otro orgasmo...

Negro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Mayo 2023

ISBN 978-2-37705-932-4

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.